



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO **ÁNGELUS** Plaza de San Pedro

Domingo, 24 de junio de 2018 [\[Multimedia\]](#)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy la liturgia nos invita a celebrar la fiesta de la Natividad de san Juan Bautista. Su nacimiento es el evento que ilumina la vida de sus padres Isabel y Zacarías e implica en la alegría y en el asombro a los parientes y vecinos. Estos ancianos padres habían soñado y preparado aquel día, pero ya no lo esperaban: se sentían excluidos, humillados, decepcionados. Ante el anuncio del nacimiento de un hijo, (cf. *Lucas 1, 13*) Zacarías se quedó incrédulo, porque las leyes naturales no lo consentían, eran viejos: eran ancianos; como consecuencia el Señor lo dejó mudo durante todo el tiempo de la gestación (cf. v. 20). Es una señal. Pero Dios no depende de nuestras lógicas y de nuestras limitadas capacidades humanas. Es necesario aprender a fiarse y a callar frente al misterio de Dios y a contemplar en humildad y silencio su obra, que se revela en la historia y que tantas veces supera nuestra imaginación.

Y ahora que el evento se cumple, ahora que Isabel y Zacarías experimentan que «nada es imposible para Dios» (*Lucas 1, 37*), grande es su alegría. La página evangélica del día (*Lucas 1, 57-66.80*) anuncia el nacimiento y luego se detiene en el momento de la imposición del nombre al niño. Isabel elige un nombre extraño a la tradición familiar y dice: «Se llamará Juan», don gratuito y también inesperado, porque Juan significa «Dios ha hecho la gracia». Y este niño será heraldo, testigo de la gracia de Dios para los pobres que esperan con humilde fe su salvación. Zacarías confirma de forma inesperada la elección de ese nombre, escribiéndolo en una tablilla —porque estaba mudo— «y al punto se abrió su boca y su lengua y hablaba bendiciendo a Dios» (v. 64).

Todo el evento del nacimiento de Juan Bautista está rodeado por un alegre sentido de asombro, de sorpresa, de gratitud. Asombro, sorpresa, gratitud. La gente fue invadida por un santo temor a Dios «y en toda la montaña de Judea se comentaban todas estas cosas» (v. 65).

Hermanos y hermanas, el pueblo fiel intuye que ha sucedido algo grande, incluso si humilde y escondido y se pregunta «¿Qué será este niño?» (v. 66). El pueblo fiel de Dios es capaz de vivir

la fe con alegría, con sentido de asombro, de sorpresa y de gratitud. Vemos a aquella gente que hablaba bien de esta cosa maravillosa, de este milagro del nacimiento de Juan, y lo hacía con alegría, estaba contenta, con sentido de asombro, de sorpresa y de gratitud. Y viendo esto preguntémos: ¿cómo es mi fe? ¿Es una fe alegre o una fe siempre igual, una fe «plana»? ¿Tengo un sentido de asombro cuando veo las obras del Señor, cuando escucho hablar de cosas de la evangelización o de la vida de un santo, o cuando veo a tanta gente buena: ¿siento la gracia dentro, o nada se mueve en mi corazón? ¿Sé sentir las consolaciones del espíritu o estoy cerrado a ello? Preguntémos cada uno de nosotros en un examen de conciencia: ¿cómo es mi fe? ¿es alegre? ¿está abierta a las sorpresas de Dios? Porque Dios es el Dios de las sorpresas: ¿he «probado» en el alma aquel sentido de estupor que hace la presencia de Dios, ese sentido de gratitud? Pensemos en estas palabras, que son estados de ánimo de la fe: alegría, sentido de asombro, sentido de sorpresa y gratitud.

Que la Virgen Santa nos ayude a comprender que en cada persona humana está la impronta de Dios, fuente de la vida. Que ella, Madre de Dios y madre nuestra nos haga más conscientes de que en la generación de un hijo los padres actúan como colaboradores de Dios. Una misión verdaderamente sublime que hace de cada familia un santuario de la vida y despierta —cada nacimiento de un hijo— la alegría, el asombro, la gratitud.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en Asunción (Paraguay), fue proclamada beata María Felicia de Jesús Sacramentado, nacida María Felicia Guggiari Echeverría, monja de la Orden de las Carmelitas Descalzas, llamada por el padre y también hoy por el pueblo paraguayo la «Chiquitunga». Vivió en la primera mitad del siglo xx, se unió con entusiasmo a la Acción Católica y cuidó de los ancianos, los enfermos y los presos. Esta fecunda experiencia de apostolado, sostenida por la eucaristía cotidiana, desembocó en la consagración al Señor. Murió a los 34 años, aceptando la enfermedad con serenidad. El testimonio de esta joven beata es una invitación para todos los jóvenes, especialmente para los paraguayos, a vivir la vida con generosidad, mansedumbre y alegría. ¡Saludemos a la Chiquitunga con un aplauso y a todo el pueblo paraguayo!

Os dirijo mi saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos. En particular a aquellos que vienen de Hannover y Osnabrück, en Alemania y a aquellos de Eslovaquia.

Saludo a la comunidad rumana en Italia; a los fieles de Enna, Paternò, Rosolini y San Cataldo; y al grupo de ciclistas de Sesto San Giovanni. Os deseo un buen domingo.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana